

Raíz ontológica y vertientes existenciales de la fidelidad en G. Marcel

¿Qué sentido puede tener hoy una reflexión sobre la fidelidad? La estética de lo instantáneo y la exaltación de la libertad entendida como desasimiento respecto de cualquier cuadro de valores establecido al margen de la creatividad autónoma del individuo, la fugacidad y problematicidad del presente y lo incierto del futuro, los discursos equívocos sobre qué cosa sea ser fiel..., invitan a entender la fidelidad como pieza de una cultura arcaica o sentimiento romántico propio de un mundo que ha dejado de ser.

Marcel, el pensador al hilo de cuya creación se escriben estas líneas, advirtió el poder fecundo de la fidelidad a lo consistente de las personas, los acontecimientos, del ser, en definitiva, y la conexión entre el descrédito de la fidelidad y la decadencia espiritual de nuestros días¹. Esta afirmación cobra su fuerza no en la nostalgia de un supuesto mundo mejor que se perdiera, sino en el análisis de la cultura contemporánea como la de un mundo en crisis, un mundo destrozado² donde la funcionalización y la funcionarización vacían

1 G. Marcel, *Homo Viator* (Aubier-Montaigne 1936) p. 165. En adelante *HV*. Importa aclarar la noción de *espíritu* que no tiene en Marcel un contenido idealista, dualista o parenético. Apunta más bien al vigor ético que enraíza al yo en una comunión viviente con los otros y con lo trascendente, en la unidad total de lo que él llama «el misterio ontológico», del que es reflejo y participación la unidad interior de la persona.

2 De esta crisis, a nuestro modo de ver nada circunstancial, da cuenta Marcel en *El misterio del ser*, 2 ed. (Edit. Sudamericana, Buenos Aires 1964) pp. 26-42. En adelante, *MS*. La refleja poéticamente Christianne, un personaje de *Le Monde Cassé*,

la relación hombre–naturaleza, hombre–hombre y hombre–historia de su carga personal. O, lo que es lo mismo, la pérdida de sentido para el ser y la confusión de éste con el tener. De ahí que la recuperación de la fidelidad como un valor central en esos núcleos de relación sea gozne insoslayable para unos tiempos que se quieran nuevos y mejores.

1. FIDELIDAD Y PSEUDOFIDELIDADES

Las afirmaciones anteriores requieren, no obstante, una clarificación inicial. ¿De qué fidelidad habla Marcel? Porque lo cierto es que de ella, como de la libertad, el amor, la paz..., existen muchas versiones. De un modo negativo, habría que comenzar deslindando la fidelidad de algunas de sus falsificaciones más corrientes.

Fidelidad no es así el conformismo inerte y frecuentemente mediocre³, ni la coherencia con un principio abstracto (AMS, 64–5), ni una supuesta integridad del espíritu mantenida al margen del vivir real (Idem. 65), ni lleva implícito algún tipo de servicio que suponga un abandono del propio protagonismo y la propia dignidad⁴. Resultaría igualmente muy pobre imaginarse la fidelidad como una conformación, aun cuando sea voluntariosamente tenaz, a un propósito o

al decir: «¿Tú no tienes la impresión de que vivimos... si a esto se puede llamar vivir... en un mundo destrozado? Si, destrozado, como un reloj destrozado. El resorte no funciona. Aparentemente, nada ha cambiado. Todo está en su lugar. Pero si se acerca el reloj al oído no se oye nada. ¿Comprendes? El mundo, eso que llamamos mundo, el mundo de los hombres... debía tener dentro un corazón, pero pareciera que ese corazón ha dejado de latir» (en MS, 29).

³ G. Marcel, *Aproximación al misterio del ser* (Encuentro, Madrid 1987) p. 64-5. En adelante, AMS.

⁴ A la hora de deshacer equívocos, Marcel prestó una especial atención a la idea de *servicio*, implicada tanto en la *obediencia* como en la *fidelidad*; si bien, en el primer caso, corre el riesgo de degradarse y confundirse con el servilismo, en el segundo promueve un crecimiento interior: la obediencia implica una función, la fidelidad, en cambio, se establece sólo entre personas. Puede verse a este propósito el artículo titulado *Obediencia y fidelidad*, en el que Marcel reelabora reflexiones y escritos anteriores acerca de la fidelidad creativa, en HV. 165-76.

proyecto al que uno se aferra de tal modo que no abandonase nunca el camino que se ha trazado. La constancia que implica este comportamiento puede no ser más que un simulacro o caricatura de la fidelidad, una obstinación orgullosa, una fijación fanática en una idea, una institución o un líder, una instalación en cierto estado que se considere inmutable; la buena voluntad implicada en los esfuerzos de coherencia, en la adhesión firme o una palabra dada a otro, en la integridad con que se mantiene una creencia, en la corrección que reconozco en aquél a quien no puedo reprochar nada... bien puede ser, más que una virtud personalizante, una forma de autocomplacencia, «un acuerdo orgullosamente mantenido entre mí mismo y ciertas expresiones, ciertas ideas, ciertas maneras de ser a las que he etiquetado como *mías*» (HV, 173).

Hay en todas estas versiones de la fidelidad un mucho de peso muerto, de entrega inactiva y de sacrificio del ser vivo al principio abstracto. Del mismo modo que «cuando la fe cesa de ser amor queda fijada en una creencia objetiva»,⁵ «la fidelidad a un principio, en tanto que principio, es una idolatría»⁶. No es de la supervivencia de estas *fidelidades* de lo que quepa esperar la recuperación de la *fidelidad*. Más aún, como ha advertido R. Troisfontaines, «la pseudofidelidad llega a ser fatalmente destructiva»⁷.

No son menos equívocas las afirmaciones, tan del gusto actual, de fidelidad a lo espontáneo y lo inmediato. Para una buena parte de nuestros contemporáneos, la fidelidad a algo—alguien que no sea uno mismo o la dedicación apasionada que no lo sea al presente, como única realidad tangible y certera, sería como ignorar lo más profundo del propio yo, autocerceanar la autonomía ética del sujeto y su percepción de lo real. ¿Qué otras instancias que el yo y el presente pueden reclamar la fidelidad con más legitimidad? ¿No será más valioso dejar aflorar el propio yo, tal cual es, que hipotecarme a una ilusión? ¿Hasta qué punto no es hipocresía ir modelando el yo a imagen de una pretensión? ¿No es una falsificación, más

5 R. Troisfontaines, *De l'existence à l'être, la philosophie de G. Marcel* (Edit. Nauwelaerts, Louvain 1968) vol. II, p. 286.

6 Idem, vol. I, p. 374.

7 Idem, vol. II, p. 147.

que fidelidad, cualquier pretendida reforma de uno mismo? ¿no es nuestra tarea como humanos más bien ser sinceros que ser fieles? ¿No es renunciar a la pujanza creativa del presente comprometerse incondicionalmente con el porvenir del que, por otra parte, no somos en absoluto dueños?

Bienvenida sea la sospecha sobre los falaces encubrimientos del abandono del presente, so capa de su fugacidad, o del rechazo solapado de la propia condición, tan típica de los moralismos idealizantes. Pero, a fuer de sinceros, deberíamos aplicarla también a algunos mitos contemporáneos. La historia personal y colectiva nos enseña hasta qué punto se equivocaron los teóricos del siglo XIX al suponer que en los actos más espontáneos se manifieste siempre lo mejor de uno mismo⁸: hacer lo que quiero, en el sentido del deseo, no es índice de inocencia ni de libertad; puede muy bien serlo de un vasallaje a las fuerzas destructivas del yo o lesionantes de los otros. Por otra parte, cada vez parecemos más conscientes de que el futuro no es algo a esperar pasivamente como espectadores, sino que lo provocamos con la fuerza de la ilusión y las decisiones de la voluntad: no somos dueños del futuro pero lo amasamos con nuestros compromisos.

Algo vamos sabiendo ya de una fidelidad que pueda llamarse auténtica: ser fiel es responder «a una misteriosa incitación a crear» (AMS, 68), es ser activamente creativos. Percibir lo denso que anida en lo fugaz, modelar un yo mejor desde lo mejor del yo... es mantenerse en *estado de permeabilidad* (Ibid), en tensión de creación, actitud bien distinta de esa voluntad de descreación, experiencia sacrílega que caracteriza a un mundo sin alma (MS, 292). La fidelidad, porque no es abandono conformista, nos proyecta hacia la verdad del ser cuya plenitud no queda agotada en lo inmediato y que discierne, en lo espontáneo, qué nos construye y nos destruye como personas.

8 Es interesante notar que esta trampa hermenéutica de los ilustrados y los humanismos posteriores ya fue advertida por J. J. Rousseau que, al tiempo que formulaba la educación *natural*, reglamentaba la educación *negativa*. Parece incontestable que el abandono en lo espontáneo puede dejarnos a la intemperie ante el poder de fuerzas tiránicas, sean éstas propias de nuestra ambigua condición, sean reflejos del mal social sobre ella.

2. VERTIENTES EXISTENCIALES DE LA FIDELIDAD

Para Marcel la fidelidad es una actitud globalizante que abraza ontológica y existencialmente a la persona con la totalidad de lo real. No se trata de ser fiel a esto a aquello, sino de enraizarse en el ser, que «es el lugar de la fidelidad»⁹.

Pueden no obstante, distinguirse varias direcciones o vertientes de la misma que, como habrá ocasión de ver, están entercomunicadas y jerarquizadas entre sí: ser fiel es, simultáneamente, ser fiel a uno mismo, a los otros y a lo trascendente. Seguiremos en adelante este esquema.

a) *La fidelidad a uno mismo*

Es este un primer nivel de la fidelidad cuya práctica y discernimiento son ciertamente difíciles (HV, 172). Algo queda dicho de lo segundo en las páginas anteriores, y, si hemos de hablar con honestidad, es obvio lo primero. Importa por eso precisar en qué consiste esta dimensión.

Ante todo habría que afirmar que ser fiel a uno mismo es una acción de autocreación, de compromiso con lo que soy y con las posibilidades de ser que encierro, una afirmación de la densidad de mi ser que implica el pensamiento y la extensión, lo espiritual y lo sensible, lo inmediato y lo por venir. Continuando en cierto sentido el discurso abierto por Hume y retomado por Kierkegaard, Marcel sitúa su comprensión del hombre en actitud polémica con el «yo pienso» cartesiano y el «yo resuelvo» kantiano y contra la minusvaloración hegeliano-marxista del individuo singular existente. Animado por una voluntad de concreción de lo real, rehuyendo su reducción a cualquier tipo de principio abstracto¹⁰, Marcel re-

9 G. Marcel, *Etre et avoir* (Aubier-Montaigne 1935) p. 55. En adelante EA.

10 Hay que hacer referencia, aunque sólo sea someramente, al tono general de la filosofía de Marcel que es una filosofía de lo concreto y lo viviente, una reflexión ligada a las situaciones reales de sujetos encarnados y libres, que se resiste a objetivar en un sistema del mismo modo que lo real rehusa dejarse encapsular en un con-

chaza el dualismo cartesiano y sus consecuencias en la cultura occidental posterior. Para él, «el camino seguido por Descartes a través del *cógito* para llegar al hombre como conciencia traslúcida para sí misma es equivocado; el hombre no es una conciencia espiritual, es un ser encarnado»¹¹. Esta es la razón por la que al *cógito* idealista opone un *sentio* relativo a la existencia, un *sentio* que es sentimiento global de mi condición inmersa en el ser y relacionada con los otros seres, de modo que, como se ha dicho, «yo no soy yo mismo más que por la interiorización activa de los datos contingentes que, lejos de determinarme causalmente, suministran el armazón indispensable para el ejercicio de mi libertad»¹².

La verdad que contiene la fidelidad al yo, la autenticidad, es primeramente este acuerdo del sujeto consigo mismo, con las condiciones reales de su existencia encarnada, es decir el acuerdo con la realidad de la que es parte consciente y libre. Mi verdad, más que una afirmación solipsista y monádica, es la percepción de mi pertenencia creativa, en modo alguno resignada o servil, al ser, este ser que «experimento como un don que no poseo por mí mismo (...), que lo experimento en mi soledad como el lugar y el hilar de una meditación: como un centro infinito de relaciones posibles y como una llamada a la comunión»¹³.

Frente a los individualismos narcistas que pueblan nuestro panorama cultural, Marcel entiende la fidelidad al propio yo como algo bien distinto de una existencia improvisada desde el deseo o trabada desde los estímulos de lo inmediato. Se trata más bien de una cierta llamada que no me deja quedar prendido por mis hechos concretos, una llamada a continuar viviendo, a renovarme constantemente (*HV*, 171); lejos de ser

junto de fórmulas. Encuadrado por otros, de un modo genérico, en el llamado «existencialismo cristiano», Marcel se declaró a sí mismo «neo-socrático». R. Feys en *Un exposé de la philosophie de G. Marcel*, en *Revue Philosophique de Louvain* 53 (1955) 73-5, ha facilitado la comprensión de este apelativo trazando una analogía entre ambos pensadores y épocas.

11 A. Bernal, La persona en la filosofía de G. Marcel, en *Franciscanum* 13 (1971) 54.

12 R. Troisfontaines, op. cit., vol. I, p. 381.

13 J. Chevalier, Soledad y comunión en la obra de G. Marcel, en *Folia Humanistica* 8 (1970) 735.

una fijación en lo que aquí y ahora soy, es una llamada a convertirme en aquello que aún no soy.

Tal fidelidad no es posible sin el *recogimiento*, la acción menos espectacular que produce el hombre ¹⁴, pero también la más eficaz por situarnos en condiciones de acceder a lo más profundo de la realidad, de captar el misterio ontológico (AMS, 44).

En efecto, recogerse no es abstraerse, separarse, recluirse, retirarse; es más bien «un acto mediante el cual nos dirigimos *hacia*, sin abandonar nada» (MS, 112). En este sentido, recogerse es centrarse y, al mismo tiempo, abrirse a lo que me rodea y a quienes me rodean y mantenerse sensible a lo trascendente –porque el ser no es la vida, ni la vida es sin más mi vida–, estar a la escucha de la llamada que me lanza Alguien más interno a mí que yo mismo ¹⁵. Un ser recogido en sí mismo no es, precisamente por este modo de entender el recogimiento, un solitario; su soledad es la de una conciencia en vigilia gracias a la cual el hombre puede comunicarse en profundidad. Un ser recogido es ese ámbito en que la vida toma la densidad y la profundidad del misterio. Es, en definitiva, la recámara existencial donde madura la fidelidad a uno mismo que no es otra cosa que la respuesta siempre renovada a una vocación: llamada de lo más real que habita en mí y respuesta desde lo más auténtico del yo (HV, 28).

Ciertamente, yo no llego a ser profunda y auténticamente lo que soy más que en la medida en que mantengo el consen-

14 «El recogimiento es, sin duda, lo menos espectacular que hay en el alma; no consiste en mirar algo; es una recuperación, un restablecimiento interior, y cabría preguntarse, lo anoto sólo de paso, si no sería necesario ver en él el fundamento ontológico de la memoria, el principio de unidad efectiva e irrepresentable sobre el cual descansa la posibilidad misma del recuerdo. La expresión inglesa 'to recollect one self' (reunirse consigo mismo) es reveladora» (AMS, 46).

15 Marcel no es sólo un filósofo teísta, lo es también de inspiración cristiana y su obra una muestra más de hasta qué punto es posible y rica en consecuencias la convergencia de ambas búsquedas, la de la razón y la fe; convergencia que no es invasión de las creencias religiosas en la autonomía de la razón, ni un desvarío de ésta que tome por reales los fantasmas de la imaginación, la frustración o el deseo. Al hilo de la mejor tradición en el diálogo fe-cultura, Marcel afirmará que su discurso concuerda con la fe, pero sin suponerla como previo y necesario dato de sus análisis (AMS, 78-9).

timiento a mi *vocación* –que es *vocación de ser* y no de poder, de gozar, de fabricar o tener– a través de todas las dificultades y seducciones que me pudieran llevar lejos de ella. Anclarme en el aquí y ahora de mi yo empírico, cuyas cualidades, deseos, angustias, perfecciones..., se interponen con aquella radical *vocación* paralizándome y fijándome en el yo como una materia¹⁶, sería abandonarme en el tener y cerrarme, en consecuencia, sobre mí mismo en un juego irremisible y destructivo.

Dando un paso más, ser fiel a uno mismo es *mantenerse disponible*, permeable a toda esa realidad que no es el yo, este ambiguo y limitado yo que soy ahora, arriesgado a la quiebra de cualquier esquema autárquico. La disponibilidad es «la capacidad de entregarse a aquello que nos sale al encuentro y de vincularse por esta entrega» (HV, 27). Contrariamente a lo supuesto en el inconsciente captativo de las concepciones individualistas, vivir no es sólo existir o subsistir, sino disponer de sí, darse (Idem, 166-7) y es éste un movimiento liberador y plenificador que no se burla sin trágicas consecuencias. En efecto: «el ser indisponible es incapaz de responder a las llamadas de la vida (...), permanece encerrado en sí mismo en la raquílica experiencia que forma en torno suyo un cascarón que no puede romper» (MS, 136). Por el contrario, sanado de la alienación que comporta la indisponibilidad (AMS, 72), está proyectado más allá de sí, pronto a consagrarse, con una generosidad que, en último extremo, se nutre sólo de sí misma (MS, 268), a una causa que le hace crecer en la misma medida en que le excede. Es sólo *consagrando* la vida, dándola sin reservas, como la vida adquiere sentido. No es sólo una afirmación bella decir que «el hombre es un ser al que se le ha dado la extraña facultad de ofrecerse, es decir, de consagrar su vida a ...»¹⁷, sino que es un dato de experiencia que la persona más disponible es la más consagrada, la más íntimamente dedicada (AMS, 77). No hay así fidelidad sin consagración, sin entrega incondicionada, sin apuesta apasionada, sin donación dinámica y crea-

¹⁶ Vid. G. Crompton, La communion á soi-même chez G. Marcel, en *Laval Théologique-Philosophique* 28 (1972) 183-4.

¹⁷ R. Troisfontaines, op. cit., vol. II, P.317.

dora, al valor del ser; una consagración que me lleva más allá de donde he logrado ir.

En nada vacía tal pretensión de fidelidad la *libertad* personal, más bien le da un contenido y un sentido que la hacen posible y humanamente interesante. Para Marcel es de suma trascendencia romper de una vez por todas con la idea de que la libertad sea esencialmente una libertad de elección, una libertad de indiferencia (*MS*, 265), así como desenmascarar la falacia que se esconde en la tendencia, tan actual por otra parte, de hacer equivaler la libertad al no sentirse perteneciente, dependiente, concernido por nada o por nadie. Para él, ser libre no es mantenerse desligado de un sentido ulterior de los seres y los hechos; por el contrario, «el acto libre es un acto esencialmente significativo» (*Idem*, 266), expresivo de lo que soy y de lo que tengo voluntad de ser. Por ello, de algún modo, «decir 'soy libre' es decir 'soy yo'» (*Idem*, 264). No hay incompatibilidad entre ser libre y ser fiel; libertad y fidelidad a uno mismo son términos convertibles. La libertad, que más que un *problema* es un *misterio*¹⁸ y, como tal, no objetivable, no es un dato que se disfrute sino una tarea esforzada, constante, en la que el hombre resiste la pesantez que le arrastra hacia las cosas, se libera del automatismo, el mimetismo, los supuestos órdenes prefijados y pone luz en su propia ambigüedad que le permite ser fiel o traicionarse.

Puede verse ahora con más nitidez cómo ser fiel a uno mismo no es el repliegue orgulloso hacia lo episódico del yo sino la apertura creativa al ser que se revela en mí y del que participo en el encuentro oblativo con los otros. Como ocurre en la presencia, la fidelidad del yo hacia sí mismo y hacia los otros no es separable (*MS*, 175). Dicho de otro modo, el yo al que me muestro fiel me reenvía a la comunión con la alteridad¹⁹.

18 Es ésta una célebre distinción marceliana que él mismo ha resumido así: «un misterio es un problema que avanza sobre sus propios datos, que los invade, y que se rebasa por eso mismo como simple problema» (*AMS*, 38).

19 Vid. R. Troisfontaines, op. cit., vol. I, p. 376.

b) *La fidelidad al otro*

Piensa Marcel, alineado en esto con buena parte de la filosofía contemporánea, que «las condiciones en que yo tomo conciencia de mí mismo como tal yo mismo son esencialmente sociales» (HV, 22). Por eso un discurso sobre la fidelidad no puede quedar reducido al ámbito del yo: el yo no es sin los otros²⁰.

Si hacia la fidelidad a uno mismo, aunque no siempre entendida en el sentido aquí expresado, hay hoy una sensibilidad notable, peor suerte le ha tocado correr en nuestros tiempos a la fidelidad hacia el otro. No es ajena a esta dificultad la creciente individualización y tecnificación de nuestra cultura con el consiguiente deterioro de las funciones personales en funciones vitales y sociales. En un contexto en que la curiosidad y el interés han desplazado el amor como presencia cercana y concernida, el *tú* resulta más bien un *él*, la persona un objeto que me interesa como función, como tener, más que como ser. El primado del interés y la reivindicación, la precipitada confusión del fondo personal con sus perfiles más superficiales, la sustitución –incluso filosófica y jurídica– del *encuentro* por el *contrato*, minan la carga personal y personalizadora de las relaciones intersubjetivas que, con alarmante frecuencia, acaban siendo expresadas, como ha notado Binswarger, en términos económicos–co-

20 Permitaseme citar a este propósito a G.Torrente Ballester que en su reciente obra *Filomeno a mi pesar* (Planeta, Barcelona 1988) hace decir a su principal protagonista: «A cada cual le sucede como a la cabeza de los niños, que cuando nacen traen los huesos mal pegados, y hace falta que pase el tiempo hasta que la soldadura del cráneo se haya consumado. Estamos hechos de piezas que encajan, y el encaje es la madurez: con la diferencia de que no basta el tiempo. Así como las manzanas maduran con el sol, los hombres maduramos en presencia de otra persona, en colaboración con ella» (p.407). No está fuera de lugar, parece, una cita novelesca en un artículo sobre Marcel; es sabido cómo parte de su obra es literaria y es conocida su convicción del sentido metafísico del drama (MS, 29), toda vez que es en las obras de imaginación donde aparece esa especie de totalidad cuyos datos se refieren a un determinado centro de la vida (Idem,65); para él, «(la novela) nos comunica algo que las condiciones ordinarias de la experiencia nos condenan a rozar solamente» (Idem, 66).

merciales: el otro deja de ser un con-migo para pasar a ser un ser-para-mí²¹.

La teoría marceliana de la fidelidad al otro puede resultar estridente en este contexto, puede parecer más un discurso con moralina que un discurso moral, pero es una magnífica aportación a la reinterpretación del *otro como tú*, a la elevación de la calidad del encuentro interpersonal, a la reinención de la relación del hombre como lo humano –argumento eminentemente humanístico pero de obvias repercusiones en el ámbito de las instituciones políticas, económicas, jurídicas y culturales–. Merece, por todo ello, una detenida consideración.

Esta teoría tiene unos supuestos, calificables genéricamente como personalistas, que, aún cuando no puedan desarrollarse aquí con la atención que merecen, deben ser someramente recordados: el yo no es un hecho preconstituído a la existencia concreta –al modo de la esencia–naturaleza escolástica o racionalista– sino que lo adquiero en la medida en que, además de vivir, resuelvo existir. La existencia que vale la pena es la que se autocomprende y autocrea como don, de tal modo que ser es con-ser, vivir es con-vivir y existir es co-existir; sólo en la relación viviente con el *tú* se realiza el hombre como lo que verdaderamente es: es el amor de un *tú* humano lo que me personaliza.

No se trata sólo de que necesitemos una conversión del *él* en un *tú* para entender la fidelidad, es que el contenido de ésta sólo se aclara a partir del *tú* (EA, 169) o, dicho de otro modo, «la fidelidad exige un *tú*, digno, merecedor de que yo empeñe mi palabra y al que yo confiero un verdadero (sagrado) valor»²².

El encuentro interpersonal fecundo y fiel es el que viene, en efecto, a romper los esquemas de una topografía egocéntrica (AMS, 74), de una pretensión suicida de autarquía, de un autismo orgulloso y avariento. Fuera de la comu-

21 Cfr. L. Binswarger, *Tre forme di esistenza mancata* (Milano 1964) p. 56, tomado de R. Matera, 'L'etica marceliana della fedeltà' en *Rivista de Filosofia Neo-Scolástica* 61 (1969) 495.

22 F. Blázquez, *La filosofía de G. Marcel. De la dialéctica a la invocación* (Encuentro, Madrid 1988) p. 218.

nión, el individuo se hipertrofia y se disgrega; es, por el contrario, el pensamiento y el amor de los otros lo que le desarrolla y plenifica. Mi hominización, mi existir en definitiva, acontece «sólo a base de una actuosa correspondencia de mí mismo frente a una determinada situación que se experimenta como apelación personal de un tú»²³.

El *nosotros* no designa, pues, un simple prolongamiento del yo; es una realidad original que integra, desde un acto de fundación continua y renovada a cada instante, al *yo* y al *tú*, y que sitúa a ambos de un modo nuevo en el ser. No es una simple conjunción de individualidades, sino una realidad original, en la que uno se nutre del otro y, a la vez, le alimenta: los sacrificios de lo periférico, de lo anecdótico, de lo individual, en suma, que comporta toda dialéctica, no es una pérdida sino un enriquecimiento de la persona, de ambas personas. Como lo ha expresado J. Chevalier: «La comunión pulsa sus riquezas entre las soledades y las soledades no se enriquecen sino en la comunión, cuando se enraízan en las profundidades mismas del ser»²⁴. No es la anulación del *yo* o del *tú* como singulares irrepetibles en su originalidad y en su destino, anulación en modo alguno deseable, pues es cierto que fuera de la diferencia individual la comunión se degrada al nivel de las masas confundidas y anónimas²⁵, sino su crecimiento sincero y armonioso. «Dar no es seducir» (MS, 268) ni resultar seducido, sino sentirse implicado en algo que me construye y me trasciende o, si se prefiere, me construye trascendiéndome.

Una tal fusión sin confusión no la produce el pensamiento ni la simple buena voluntad, sino el *amor*: algo más que un sentimiento exaltado y efímero. El amor es, para Marcel, la ley básica del universo, la pulsión fundamental del ser, el elemento discernidor de la calidad de una existencia, hasta el punto de que «pese a ciertas apariencias, lo que se hace sin amor se hace contra el amor»²⁶. El amor es la rup-

23 L. Gabriel, En homenaje a G. Marcel, 'Filosofía de la segunda persona', en *Folia Humanística* 12 (1974) 852.

24 J. Chevalier, op. cit., p. 739.

25 Vid. Idem, p. 737.

26 R. Troisfontaines, op. cit., vol. II, p. 285.

tura de las fronteras entre lo *en mí* y lo *delante de mí* (AMS, 39).

Así concebido, es claro que el amor implica una llamada y una respuesta que establece una relación basada en la fidelidad no circunscrita o condicionada a una circunstancia o a un tiempo determinados, una fidelidad que apunta hacia lo profundo del otro y hacia lo que de eterno hay en él. El amor, si lo es, es siempre al ser real del otro, no a su imagen ideal, a la idea que me he formado de él o a sus cualidades empíricas. Puedo encapricharme y desear las *cosas* pero, en realidad «yo amo» sólo puedo decirlo de las *personas* o, como dejó escrito Marcel, «quien ha amado sabe bien que lo que ha amado en otro no se deja reducir a sus cualidades designables» (HV, 174). De este modo, el amor desobjetiva al otro, hace que deje de ser una cosa o un extraño, reduce lo que en todo *tú* humano hay de *él* y me desobjetiva, me personaliza, a mí mismo: «El misterio que soy yo mismo es lo que en mí no es revelado más que a través del amor» (*Ibid.*).

Este amor fiel no es sólo una relación posible con el otro vivo y sensiblemente presente: también lo es con *el muerto amado*, tema al que Marcel dedicó muchas de sus más emocionantes páginas y que aquí no puede ser tratado sino de pasada. Es de sobra conocida la exclamación de uno de sus personajes: «Amar a un ser es decirle: tú no morirás»²⁷. La fidelidad, ciertamente, es más que la constancia de una voluntad mantenida en el tiempo, es el nexo entre los humanos cuyo poder excede a la frustración, la prueba de la separación y la distancia y la misma muerte; es en esta situación extrema, auténtica ocasión de discernimiento de y para la fidelidad, donde se verifican las posibilidades infinitas de que está cargado el amor de modo que «la resurrección de la carne o la inmortalidad no significan la perennidad de una cosa (ni, añá-

27 La frase en cuestión, recogida en MS, 293, es interpretada por el propio Marcel más como una seguridad profética que como un deseo optativo (cf. *Ibid.*), seguridad garantizada en la convicción, filosófica y no exclusivamente religiosa, de que la destrucción no puede alcanzar a aquello por lo que un ser humano es verdaderamente un ser (*Idem*, 293-4).

diríamos, la fijación obsesiva de una memoria) sino la fidelidad creativa de una comunión»²⁸.

En todo caso, este tema de la fidelidad al muerto amado no es un apéndice de curiosidad esotérica en la filosofía de Marcel; sirve también para comprender mejor la fidelidad entre los vivos, evidenciando dos de sus más fundamentales componentes: la *presencia* y el *compromiso*.

Que la fidelidad no sea sólo un sentimiento o una cercanía ocasional gratuita o interesada, lo resalta Marcel afirmando que la fidelidad se realiza en la *presencia*, algo que no se puede decir de las cosas: estar presente no es sólo «estar ahí»²⁹ es «el sentimiento mismo de existir, de estar en el mundo» (*HV*, 18) y en un mundo que me interpela, un mundo interpretado en función del *tú*. Esto es así hasta el punto de que la fidelidad no se afirma verdaderamente más que allá donde la presencia triunfa sobre el absentismo, el alejamiento o el desentendimiento del otro y donde desafía a la ausencia.

La presencia es poner en juego todo el yo en un movimiento de unión benefactora con aquél a quien soy fiel. Todo don es, de algún modo, un don de sí (*MS*, 267).

Presencia es también, y sobre todo, *disponibilidad*, de modo que la fidelidad prolonga la presencia, perpetúa su acción y se manifiesta en los momentos límites, cuando se pone a prueba la seriedad de un compromiso, la entereza de una consagración al *tú*, manifestando así la creatividad del amor

28 R. Troisfontaines, op. cit., vol. II, p. 170. Hay un fragmento de *El iconoclasta* que resulta particularmente ilustrativo de cuanto se viene diciendo: «¿Cómo una fidelidad activa y en cierta manera militante hacia un muerto amado puede conciliarse con las leyes mismas de la vida?; o, más profundamente todavía, ¿cómo puede establecerse entre los muertos y los vivos una relación estable y verdadera? (...) Es cierto que el muerto que hemos conocido y amado continúa siendo para nosotros un *ser*; no se reduce a una simple «idea» en nosotros; permanece apegado a nuestra realidad personal; continúa por lo menos viviendo en nosotros, aunque nos sea imposible, en el estado rudimentario de nuestra psicología y de nuestra metafísica, definir claramente lo que pueda ser esta simbiosis (...) Estamos irresistiblemente inclinados a desear que pueda establecerse comunicación entre nosotros y este muerto presente (...). ¿Cuál puede ser el valor espiritual de una relación semejante? He ahí lo que importa al máximo, no sólo desde el punto de vista religioso, sino para la misma vida personal». Tomado de F. Blázquez, *Gabriel Marcel* (Epesa, Madrid 1970) p. 134.

29 Puede verse a este propósito el agudo texto de *MS*, 166-7 en que Marcel delimita la diferencia entre *objeto* y *presencia*.

que se basta a sí mismo para inventar su lenguaje; de ahí que «(sea) quimérico tener la esperanza de enseñar a alguien el arte de hacerse presente» (Idem,167).

Una presencia hasta tal punto fiel no es cuestión de un movimiento emocional más o menos altruísta, sino un *compromiso* que tenemos voluntad positiva de mantener a pesar de los inevitables desfallecimientos (Idem, 164): si la presencia es una testificación gratuita de lo más sincero y oblativo del ser, procediendo, en consecuencia, de lo mejor de nuestra condición, el compromiso surge de la voluntad de mantenerse en un estado de disponibilidad, de consagración, de ponerse al servicio del otro. Si la presencia es una forma de contemplación, el compromiso lo es de acción creativa y la fidelidad que lo perpetúa participa en su dinamismo creador. Creador de un modo de ser porque cada uno es renovado, rehecho, por el voto de confianza sin condiciones ni límites que conlleva sentirse y saberse depositario del compromiso del otro, y creador de un nuevo modo de ser y de estar en el mundo: comprometerse es contraer la obligación de inventar una conducta conforme a las promesas³⁰. Creador también de futuro, porque «la voluntad de no volver a poner en tela de juicio el compromiso libremente adquirido interviene como factor esencial en la determinación de lo que será»³¹. Todo lo cual permite comprender mejor la feliz fórmula acuñada por el propio Marcel: *la fidelidad es creativa*. El ser personal, en efecto, no progresa de idea en idea, sino de acto en acto, de compromiso en compromiso; el hombre se fragua en esta determinación de ser fiel, asumiendo los riesgos que ello implique, y de serlo para siempre.

Quizá ninguna experiencia resulte más paradigmática de cuanto se viene diciendo que la de la *amistad*. Es con el amigo con quien cada uno de nosotros entiende, quizá a través de gestos físicos como la mirada, la sonrisa, el acento, un apretón de manos (AMS, 72) que el compromiso de presencia y fidelidad es más que una cercanía física, de modo que «aún cuando yo no pueda tocarte ni verte, siento que tú estás con-

30 Vid. R. Troisfontaines, op. cit., vol. I, 373.

31 F. Blázquez, *La filosofía de...*, pp. 216-7.

migo; sería negarte el no estar seguro de ello. Con-migo» (Idem, 70). Es la presencia en el común disfrute del gozo de existir, en el hallazgo de motivos para afrontar la vida con renovada ilusión³². El amigo, si lo es, es el que no me falla, el que resiste y supera las circunstancias complicadas, el que no me deja solo en la adversidad. Es aquel para quien mi suerte, buena o mala, no es un caso más³³ sino un *tú* irrepetible e insoslayable. *Amigo y fiel* son, bien entendidos, términos indisolubles³⁴ y, de alguna manera, reiterativos. La amistad anuda el compromiso y la fidelidad haciendo del yo un ser consagrado que se da definitivamente.

c) *La fidelidad a lo trascendente*

Si la fidelidad al otro aclara la auténtica naturaleza de la fidelidad a mí mismo, ella no se agota en sí misma. Pertenece a la experiencia de los hombres, sobre todo de los más fieles, que el deseo innato de llamada y respuesta incondicional no se realiza del todo en las instancias inmediatas sino que apunta, con la misma indefectibilidad que los deseos de libertad, de felicidad, de inmortalidad..., a otra dimensión del ser. Troisfontaines ha señalado cómo el atisbo de lo trascendente aparece al final de la mayoría de los análisis de los temas más elaborados por Marcel: sobre el misterio del ser, el recogimiento, el testimonio, la libertad, la vocación personal, el tiempo y la eternidad, la salvación, la fidelidad, la familia, la fraternidad humana, la unión con el muerto amado, la esperanza y los múltiples ensayos de respuesta a ese

32 Debo a un buen amigo, duramente probado, una reciente confianza cargada de sabiduría: «¿Para qué me sirve triunfar si no tengo con quien compartirlo? ¿De qué me vale tener cosas si alguien amado no las disfruta conmigo? ¿Dónde puedo encontrar ganas de vivir, de trabajar, de luchar,... si creo haber fracasado en lo que más me importa: contar con *su presencia?*». Félix, como tantas otras gentes de buena voluntad, hechos *de y para* la fidelidad, sabe (aunque haya leído poco sobre ello) que vacío resulta el *tener* en la *ausencia* de un *ser* con y para quien lo tengo.

33 AMS, 73. Dice J. Moltmann que 'Ante un amigo nadie tiene por qué inclinarse. No se le mira por encima del hombro ni por debajo. A un amigo se le puede mirar a los ojos (...) Un amigo sigue siéndolo incluso en la desgracia y en la culpa', *Un nuevo estilo de vida* (Sígueme, Salamanca 1980) p.43.

34 Cfr. R. Troisfontaines, op. cit., vol. II, 34.

«¿qué soy yo?» que es el hilo conductor de la creación marceliana ³⁵.

Este hecho responde a una convicción ontológica, metafísica, si se quiere: el yo, el tú y todo el entorno natural e histórico de lo humano son participaciones, teofanías, de un ser cuya entidad no queda agotada en ninguna de sus realizaciones objetivas, de un ser que trasciende todo lo dado y que, en último extremo, es para Marcel, un ser personal.

De este modo, más allá de mi experiencia inmediata de lo real y de la unidad que formo con la naturaleza y los otros hombres, la fidelidad es una invocación a un *Tú Absoluto* que no relativiza ni desvaloriza todo lo demás existente, sino que, por el contrario, al ordenarlo a lo eterno, le confiere un *plus* de ser, le revela su sentido más íntimo y le evita deslizarse hacia un grandioso absurdo.

Qué cosa sea esta dimensión trascendente del ser intentó establecerlo Marcel con un análisis agudo ³⁶ destacando que no se refiere a un simple sobrepasar ni a ninguna realidad o proyecto que simplemente escape a lo inmediato, o que exceda a la experiencia o que sea distinto del sujeto. Se trata más bien de esa «profundidad transhistórica de la historia» (*MS*, 177), de ese principio misterioso que está en el ser, más allá de todo lo dado, en complicidad conmigo mismo (*AMS*, 52), esa realidad última que da sentido y justificación a la vida en la medida en que la vida se articula internamente con ella (*MS*, 136). Desde experiencias diversas, de algún modo coincidentes en ser intuiciones más que operaciones lógicas o inventario de argumentos positivos ³⁷, Marcel invita a «reconocer que, en tanto no somos cosas, en tanto rehusamos reducirnos a la condición de cosas, pertenecemos a una dimensión enteramente distinta del mundo, a una dimensión que puede y debe llamarse supratemporal (...). Debemos reconocer que por encima de nosotros existe literalmente una realidad viva, sin duda incomparablemente más

³⁵ Cfr. *Idem*, vol. II, p. 277.

³⁶ Puede verse su lección *La exigencia de Trascendencia* en la Universidad de Aberdeen, recogida en *MS*, 43-57.

³⁷ Véase su postura ante el pretendido valor de la argumentación clásica ('pruebas'), escolástica y racionalista, en *EA*, 175-9.

viva que la nuestra, y a la que pertenecemos ya...» (MS, 317-318).

En una cultura secularizada como es la nuestra, con un tipo de hombre unidimensional que toma esta pequeña y concreta parcela del ser que es *su* realidad como si fuese *la* realidad, pretender afirmar lo Trascendente, y afirmarlo como merecedor de fidelidad, puede resultar extraño, como invitación a volver a un mundo pasado poblado de dioses. Nada más ajeno a la insinuación de Marcel, ni a la de tantos de nosotros que vemos en la Trascendencia no una amenaza para el hombre y sus experiencias más auténticas y más queridas sino el más firme y fecundante de sus fundamentos.

Hay que hacer notar en este sentido que no sólo los discursos sobre la muerte de Dios han sido, y no por pura casualidad, un prólogo a los discursos sobre la muerte del hombre, sino que la muerte fáctica, operativa, de Dios ha sido seguida por la agonía del hombre. La horizontalización de la comprensión del hombre y de lo humano no ha resultado, como preveían algunos teóricos del siglo XIX un acrecentamiento del sujeto sino un achatamiento de sus perspectivas, y es que «(donde) triunfa la categoría de *lo enteramente natural* se atrofia (...) lo que quizá habría que llamar las potencias del asombro» (AMS, 29). Algo es más preocupante que la secularización misma: no es sólo que lo sagrado haya perdido valor en la relación del hombre con los seres, sino que vaya desapareciendo la conciencia del sagrado valor de esa relación. De ahí a que el otro sea sólo un medio para mí – el yo como único absoluto – no hay más que un paso que tristemente se da, y con graves consecuencias, en la grande y en la pequeña historia de los hombres.

Frente al prejuicio de los humanismos ateos, un principio superior a mí y a mi circunstancia no es el avasallamiento de mi entidad y mi autonomía, sino su más sólida fundamentación. Tenía razón Marcel al afirmar que «es imposible pensar la persona o el orden personal sin pensar al mismo tiempo (...) una realidad suprapersonal que preside todas sus iniciativas y que es, a la vez, su principio y su fin» (HV, 32). El yo se hace persona justamente porque va más allá de sí, porque no queda replegado en su pequeño mundo o secuestrado por

esto que cree ser y que no es más que una ínfima, y a veces no la mejor, parte de lo que puede ser.

Otro tanto cabe decir de la experiencia del nosotros. Se ha dicho que «prometer fidelidad es trascender la experiencia»³⁸; es también, añadiríamos nosotros, desafiar el cansancio, la costumbre, la inercia, la monotonía, la desilusión y la sospecha. La tensa construcción del nosotros no es pensable sin atribuir un valor sagrado al tú y a la palabra que ha unido mi suerte a la suya. ¿Qué mejor aprendizaje de fidelidad al otro que la que el Totalmente Otro me dirige a mí? ¿Qué recurso puede dar mayor estabilidad a la fidelidad a uno mismo y al otro que el Ser Absoluto? No exagera Marcel al afirmar que «Dios es razón suficiente de la fidelidad» (HV, 210), que fidelidad, en el sentido más pleno del término, es «el reconocimiento activo de una cierta permanencia ontológica»³⁹ y que una ética de la fidelidad que supere el pragmatismo y el esteticismo en boga «haya de apoyarse en algo más que humano, en una voluntad de incondicionalidad que es en nosotros la exigencia y la señal misma del Absoluto» (Idem, 176).

3. FIDELIDAD AUTENTICA, FIDELIDAD CREATIVA

Las reflexiones anteriores han ido centrando progresivamente lo que Marcel entiende por fidelidad y, eso esperamos, sirven para deshacer los equívocos y remover los obstáculos de que hablabamos al inicio. La auténtica natu-

38 R. Troisfontaines, op. cit., vol.I, p. 365.

39 AMS, 64. A. Bernal, ha destacado cómo en el discurso de Marcel es la fidelidad a Dios la que descubre el fundamento ontológico más profundo de la persona a la que entendería, al modo de Kierkegaard, como una pasión infinita o una pasión ante el Absoluto (o. c. p. 62). Si el amor es lo que me revela lo que realmente yo soy, el amor incondicional de Dios al hombre es el que me permite descubrirme como *persona*, alguien, pues, bien distinto de un objeto, de un poder racional, de un sujeto de derechos y deberes, de una función vital o social, de una partícula de una clase o un estado; en definitiva, todo lo contrario de un elemento intercambiable. De ahí también que el voto incondicional de religión hecho a Dios sea el acto más ontológico que pueda poner el hombre (Vid. R. Troisfontaines, op. cit., vol. II, 317 y

raleza de la fidelidad, escribe en *HV* (176), es ser un testimonio, una testificación. Esto le hace difícilmente inventariable o vulgarizable (Idem, 175) ya que no es discernible desde fuera (Idem, 171) puesto que no es el mantenimiento constante de un principio o una opinión.

Con este planteamiento, Marcel se sitúa lejano a la línea kantiana del *deber ser*⁴⁰ frente a la que afirma el *querer ser* existencial, trascendiendo de este modo la fidelidad infinitamente, como la libertad, los límites de lo prescriptible (Idem, 176).

La auténtica fidelidad no se dirige a algo abstracto, a ningún referente supuestamente objetivo u objetivable; se refiere siempre a una presencia (*AMS*, 64). Radicalmente, a la presencia del ser, de modo que la fidelidad a lo real es hacer aflorar la profundidad de lo concreto⁴¹: el ser que es uno mismo, aunque no sólo uno mismo; el ser que está en el tú y en el nosotros, que se enraíza en el espacio y en el tiempo, que acoge lo mejor de la herencia del pasado⁴² y que se abre creativamente a las sorpresas, a lo no previsto, del futuro; el ser que está en todo lo concreto, lo inmediato, y que tienen su origen, fundamento y fin en lo Absoluto; el ser que es la densidad de sentido de cuanto somos y de cuanto nos ocupa y nos preocupa; el ser, por último, que además de estar presente en todo lo que vive es invocado por mi presencia⁴³ en todo aquello en que me implico fielmente. De ahí que la fidelidad sea tanto más creativa y auténtica cuanto

40 Como ha hecho notar R. Mantera, Marcel se distancia de los planteamientos éticos kantianos porque tienden a hacer abstracción del enraizamiento concreto del ser humano (op. cit., 499). Frente a la *ética del deber*, Marcel apuesta por una *ética de la fidelidad* capaz de superar el conflicto autonomía-heteronomía y que pierda el rigor de la tensión voluntaria del deber-ser sustituyéndolo por la gratuidad.

41 Vid. F. Blázquez, *La filosofía de...*, p. 90.

42 «La gratitud que nos hace recibir activamente la herencia espiritual de nuestros predecesores (...) es una forma de fidelidad. Lo que la hace creativa, en vez de mantener el estado existente de las cosas, es una vigilancia del alma atenta a no dejar perder lo que tiene valor de ser (...). La fidelidad creativa que me constituye en heredero de una tradición que conmina a encarnar los valores universales en las circunstancias peculiares que son las mías. A falta de esta encarnación, los valores se 'objetivarían' en un puro formulismo» (R. Troisfontaines, op. cit., vol. II, p. 71).

43 «Es la fidelidad y su clima 'personal' lo que da fuerza a la expresión eminentemente marceliana que está colocada junto al *Refus: l'Invocation*», P. Ricoeur en R. Davignon, *Le mal chez G. Marcel* (Du Cerf, Paris 1985) p. 74.

más eminente sea el valor ontológico de lo que ella testifica y que sea esta fidelidad radical la que haga posible otras fidelidades.

De ahí también su poder dinamizador. Inconformista y esperanzada por naturaleza, no se satisface con lo logrado sino que evidencia lo que queda por lograr; es, como en el caso paralelo de la creación artística, una confrontación siempre imperfecta entre la obra realizada y la conciencia de la obra a realizar (*HV*, 171). Esto implica que la fidelidad sea libre o, dicho de otro modo, que sea la expresión de mi querer, de implicarme en lo que quiero. No hay contradicción entre la libertad con que quiero y la obligación con que me adhiero a mi querer. Como ha recordado Troisfontaines, «toda fidelidad auténtica encierra la articulación de una obligación y una libertad que no pueden ser pensadas la una sin la otra»⁴⁴. El factor obligación hace de la fidelidad algo constante, duradero; el factor libertad la hace profundamente humana, posiblemente fracasable y, por eso, la fidelidad más auténtica es la que, en vez de generar orgullo, está acompañada de paciencia y humildad. Insatisfecha con lo que actualmente es, la fidelidad me estimula a un continuo acto creativo de mí mismo, sin el que resultaría esclerotizado, y a un crédito infinito de confianza que también recrea a aquél a quien soy fiel (*HV*, 176).

Una fidelidad así entendida, por último, debe ser merecida, no puede exigirse (*Idem*, 169), como ocurre, por el contrario, con la obediencia. No es sólo porque exprese mi querer-ser, radicalmente insustituible por el querer ser de otros, sino también porque es la dignidad del ser que está en mí, pese a las indignidades de mi yo empírico, la que la atrae, y la dignidad profunda del otro la que la suscita. Radicalmente libre y gratuita, la fidelidad no es más exigible que el amor o la vida (*Idem*, 175).

44 R. Troisfontaines, op. cit., vol. I, p. 369.

4. SER FIEL, UNA TAREA COMPLICADA, POSIBLE Y VALIOSA

Como venimos viendo, la fidelidad tal como la concibe Marcel, es un modo de ser –más que un comportamiento puntual– complejo, multidimensional y que exige una permanente tensión si no quiere devaluarse en cobertura de abandonos y repliegues. El mundo en que somos fieles o en el que, por el contrario, traicionamos la verdad del ser, de la existencia, es un mundo ambiguo: ofrece múltiples posibilidades para desesperar y múltiples reclamos de compromiso creativo. La fidelidad puede, del mismo modo, profundizarse o degradarse en sus formas más burdas, más conservadoras, menos creativas. Lamentablemente, puesto que anida en nosotros la fragilidad, la decepción nos amenaza, la traición es siempre posible.

Hasta tal punto la fidelidad resulta compleja que vista desde fuera, desde una perspectiva abstracta –esto es, que hace abstracción de la implicación existencial del compromiso–, se hace difícilmente pensable, incomprensible e impracticable. La dificultad se exarceba cuando el mundo de los hombres, como ocurre en el mundo moderno a juicio de Marcel, se hace una incitación a la negación, a la defección absoluta por ser, al mismo tiempo, «un mundo lleno de problemas y animado por la voluntad de no hacer lugar al misterio» (AMS, 28). Esta constatación no es un pesimismo fatalista. Marcel hace una lectura esperanzada de los males de nuestro siglo, convencido como está de que «en el seno de esta existencia y en su favor (actúan) ciertos poderes secretos que la vida no está (a veces) en condiciones de pensar, ni de reconocer» (Idem, 27–8). No sería abusivo, creemos, citar entre esos poderes regeneradores a la fidelidad creativa.

Sometida día a día a la *prueba*, y a esa prueba extrema de las diversas situaciones límites de la decepción –y la decepción de uno mismo–, la desesperanza, la noche del sentido, el dolor y la muerte, la fidelidad es prueba a su vez de la fecundidad del ser. Es a través de la prueba como se manifiesta, se educa, se enriquece, se purifica y se transforma la fidelidad

haciendo capaz al hombre fiel de sobrepasar el mero ser natural para crear la existencia personal. Es cierto, como se ha indicado, que «todas las circunstancias pueden ser pensadas y vividas por mí como pruebas. Se presentan sin que las exija, pero debo darles una significación que me es propia y cuyo alcance será ontológico»⁴⁵. Lo que, en definitiva, está en cuestión en cada prueba no es el interés objetivo de la fidelidad ni la posibilidad subjetiva de mantenerse fiel, sino la capacidad de hacer de aquélla una interpretación creativa que es, sin duda, siempre posible por la lucidez que presta el amor y la fortaleza que genera la esperanza. Hay que decir, llegados a este punto, que la fidelidad es también esfuerzo ético, lucha tenaz y constante frente al egocentrismo, la dispersión y la superficialidad.

Una tal fidelidad unifica la vida, haciéndola apta para asumir la prueba de existir, restituye la existencia humana en su densidad ontológica, trasciende la carga trágica del mundo del tener, afirma al hombre como persona, presta al nosotros un arraigo ontológico sin el que los lazos reales humanos serán ininteligibles, míticos (*MS*, 192) y libera del puro devenir. En definitiva, «el valor de un ser se reconoce y se prueba en la fidelidad de que es capaz» (*HV*, 175).

Digamos ya sólomente, para concluir, que la opción por la existencia más que por el mero vivir que Marcel confiesa haber realizado para sí mismo (*EA*, 162) y que pasa por asumir la fidelidad, en su complejidad interna aquí descrita, como un talante de autocomprensión, de apertura creativa hacia todo *tú* humano, de religación con ese *Tú* absoluto que alienta en todo lo que existe, puede ser en nuestro contexto cultural actual una aportación para la recuperación de la fe y la esperanza en el hombre y en sus posibilidades de alumbrar un mundo más humano.

FERNANDO VELA LOPEZ

45 Idem., vol. I, p. 385.